

(cada uno consta de una piedra diferente), dos epílogos y un capítulo suplementario sobre el anillo. Es curioso que en este último capítulo Marbode atribuya la invención del anillo a Prometeo que quiso con esto adaptar a los dedos las gemas. Habla también de las piedras falsas. En el segundo epílogo explica las diferencias entre las palabras «gemma», término reservado para las piedras transparentes, y piedra («lapis») que se utiliza para nombrar a todas las piedras tanto las que brillan como las que no.

El 2.º capítulo estudia la difusión del texto, hablando de las traducciones medievales (I), las ediciones impresas (II) y los manuscritos (III), tanto las conservadas en Francia como en el extranjero.

Las traducciones medievales se agrupan por sus lenguas: 1) en francés (tanto en verso como en prosa), 2) en provenzal, 3) en español (dos ejemplares, ambos del siglo XV, uno en la British Library de Londres y otro en la Hispanic Society de Nueva York), 4) en hebreo, 5) en italiano, 6) en inglés, 7) en irlandés, 8) en danés, 9) en islandés, 10) en sueco, 11) en seco. Desde el siglo XVI el *Lapidario* de Marbode se imprimió con frecuencia. Cita 14 ediciones del siglo XVI.

Estudia, al final de este 2.º capítulo los manuscritos. En primer lugar se ocupa de los conservados en el extranjero (121) y los que se guardan en Francia (35). De estos últimos proporciona muchos más datos y señala hasta el extremo sus contenidos textuales. La inmensa mayoría de ellos son un «compositum» y engloban textos profanos muy diferentes. Hasta aquí han transcurrido 203 folios del libro de Herrera, hechos con todo rigor filológico. Método distinto al que seguiría un historiador del arte en el caso de que tuvieran miniaturas. Como me explicó María Ester en una carta solamente un ejemplar italiano de fines de la Edad Media posee miniaturas y son muy escasas y poco destacadas. Esto remarca el grado de originalidad del *Lapidario* de Alfonso X el Sabio, que por sus contenidos astrológicos y mágicos no se pudo difundir.

El 3.º capítulo se ocupa de la clasificación de los manuscritos en seis familias. Y, por último viene una muestra de lo que sería la edición crítica del *Liber Lapidus* proporcionando el texto del prólogo y del capítulo VII que se ocupa de la esmeralda, en latín y en francés.

La Bibliografía aunque presentada como una selección es muy amplia (págs. 295-304). Un índice de los manuscritos citados, una lista de abreviaturas y el índice de contenidos (pág. 324) ponen fin a esta tesis doctoral que por su carácter interdisciplinar ha sido dirigida por un equipo de profesores franceses: Mademoiselle Marie-Thérèse d'Alverny, André Vernet, Guy Beaujouan y Jacques Fontaine.—ANA DOMINGUEZ.

José Luis CANO DE GARDOQUI GARCIA: *La construcción del Monasterio de El Escorial: la administración, la economía y la sociedad*. Universidad de Valladolid, Valladolid, Valladolid, 1991. 8 pp. y 6 microfichas de 1.994 fols., gráficos y mapas.

El Escorial, tanto en su conjunto como en los distintos aspectos parciales y obras singulares que encierra, ha sido objeto de múltiples estudios en los que tales temas han sido abordados preferentemente desde un punto de vista formal. Pero el análisis de una obra de arte también requiere, cuando ello es posible —y en este caso lo es, como lo revela la abundante documentación revisada y aportada por el autor de esta investigación—, el conocimiento de los procedimientos y los medios con los que aquélla se ha realizado. Desentrañar y estructurar para su estudio los múltiples mecanismos de todo tipo (económico, laboral, jurídico, administrativo, etc.) que permitieron que se levantara un complejo arquitectónico como El

Escorial en tan breve espacio de tiempo, ha sido el objetivo de la Tesis Doctoral de Cano de Gardoqui.

La primera parte de ella se dedica a la organización de los medios humanos y materiales que fueron necesarios. A la cabeza de la estructura jerárquica que puso en funcionamiento la máquina constructiva escorialense se situó el rey, auténtico mentor de la obra. En el ámbito de la dirección y gestión fue seguido por el prior del convento jerónimo, la Congregación y el Obrero Mayor. Todos ellos influyeron eventualmente en cuestiones propiamente arquitectónicas, aunque éstas eran competencia del Maestro Mayor o Arquitecto. El desempeño de este cargo por Juan Bautista de Toledo y Juan de Herrera proporcionó la ocasión para que se consolidara la nueva concepción del arquitecto, dedicado al diseño del proyecto y desligado de las cuestiones menores relativas a la construcción de éste. El proceso gradual de liberalización de la profesión de Arquitecto no se realizó sin conflictos, que afectaron también a la nueva forma de trazar la arquitectura, que prestaba mayor atención a la *dispositio* que a la *utilitas*, y a la sustitución del sistema medieval de *maestría* por el de tasación o el destajo. Consecuentemente, en el terreno práctico comenzaron a cobrar una mayor importancia los aparejadores y los destajistas, en cuanto que eran los responsables de concretar y materializar los diseños del arquitecto y de dirigir la fuerza de trabajo, compuesta por los oficiales y peones de cantería. Tal como revela el autor de este estudio, los sistemas de contratación de la obra a realizar fueron evolucionando y adaptándose a las necesidades del avance de la construcción, en aras de la rapidez, pero sin abandonar por ello la calidad. Los materiales requeridos, desde los más nobles a los más humildes, su procedencia, los procedimientos empleados para su administración y su labra, los medios utilizados para su transporte y la organización de éste —asunto de gran importancia por el volumen que alcanzaron— son abordados en sus correspondientes apartados. En la fuerza de trabajo se distinguen el amplio abanico de actividades que se desplegó al servicio de la obra, las distintas categorías profesionales, su diversa relación laboral con la Corona y el *status* especial de los extranjeros. Los artistas y las peculiaridades de su situación laboral son objeto de particular atención.

La segunda parte del estudio se centra en la organización económica que posibilitó la finalización de la empresa. El autor aporta nuevos datos sobre ella, con un estudio más detallado y completo, tanto en lo que se refiere a la financiación de las obras, su contabilidad y su sistema de pagos, como a su significado dentro del contexto económico de la época. Si bien el sostenimiento económico de la construcción de El Escorial, del que se especifican sus fuentes, no se apartó de los procedimientos habituales utilizados por la Real Hacienda, fue la intervención del propio monarca la que logró que se mantuviera al margen de las fluctuaciones en las que se vio inmersa la economía de la época, con objeto de asegurar la continuidad de las obras. En función de las necesidades de éstas, se consiguieron los fondos y se arbitraron los sistemas de pago correspondientes, con una movilidad económica propia de tiempos modernos. La distribución de los gastos, visualizada por medio de la confección de gráficos, pone claramente de manifiesto cómo los años en los que se registran mayores magnitudes en la data coinciden con los de la elevación de la basílica. La documentación relativa al pago de nóminas, que constituye la partida más cuantiosa, proporciona los nombres de los diferentes artistas que intervienen y los conceptos por los que se les paga, lo que resulta extraordinariamente útil para fijar con precisión la cronología de las obras y delimitar las responsabilidades de los que intervinieron en ellas.

Por último, la tercera parte se ocupa del marco social en el que se desarrolló la población que se reunió en torno a la empresa. La pequeña aldea preexistente en el lugar, transformada jurídicamente en villa, tuvo que adaptarse y crecer para albergar momentáneamente a la nueva comunidad religiosa jerónima y, de modo más prolongado, a las autoridades administrativas y civiles, los funcionarios, los artistas y la numerosa fuerza de trabajo. Se construyó una nueva ciudad, efímera en cuanto a su función al servicio de la gran fábrica, pero

con vocación de permanencia, para que sirviera de sede a la población surgida al término de las obras y así mantener aislado el monasterio. Esta duplicidad y distinción de ámbitos —religioso y real el uno, y laico y plebeyo el otro— estuvieron presentes durante casi toda la construcción. Las necesidades de abastecimiento, tanto de aquella población flotante como de la del monasterio, una vez instalado éste definitivamente, impulsaron una red de comunicaciones entre El Escorial, sus posesiones y los núcleos urbanos y económicos más importantes. Para finalizar, se abordan las condiciones en las que se desarrolló el trabajo de la mano de obra y de las distintas categorías profesionales que participaron en la construcción, con especial atención a su jornada laboral. En lo que se refiere a la asistencia sanitaria y al sistema de seguridad social de que dispuso la fuerza de trabajo, Cano de Gardoqui matiza el alcance de éstas y las sitúa en sus justos términos.

La modernidad de la organización de la gran empresa constructiva de El Escorial en sus diferentes aspectos (administrativos, laborales, económicos y sociales) estriba fundamentalmente, tal como señala el autor, en su flexibilidad, lo que le proporciona una gran capacidad de evolución y de adaptación y le permite dar respuesta a las nuevas necesidades que se plantean a lo largo del proceso constructivo, al mismo tiempo que le posibilita, en consecuencia, su rápido avance. A partir de ahora, pues, habrá que entender también esta magna empresa artística desde los planteamientos y las precisiones proporcionados por el exhaustivo estudio que aquí se presenta.—María José REDONDO CANTERA